**La anunciación a María** ****

«*En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David: la virgen se llamaba María*» (Lc 1, 26s). El anuncio del nacimiento de Jesús está ante todo relacionado cronológicamente con la historia de Juan el Bautista mediante la indicación del tiempo transcurrido tras el mensaje del arcángel Gabriel a Zacarías, es decir, «*en el sexto mes*» del embarazo de Isabel. Pero ambos acontecimientos y ambas misiones quedan también enlazados en este pasaje por la información de que María e Isabel son parientes, y por tanto también lo son sus hijos.

La visita de María a Isabel, que se produce como consecuencia del coloquio entre Gabriel y María (Lc 1,36), lleva aún antes de su nacimiento a un encuentro entre Jesús y Juan en el Espíritu Santo, y en este encuentro queda clara al mismo tiempo la correlación de sus misiones: Jesús es el más joven, el que viene después. Pero es su cercanía lo que hace saltar a Juan en el seno materno y llena a Isabel del Espíritu Santo (Lc 1,41). Así, en la narración de san Lucas sobre el anuncio y el nacimiento aparece ya de modo objetivo lo que el Bautista dirá en el Evangelio de Juan: «Éste es aquel de quien yo dije: “*Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo*”» (1,30).

En la narración del anuncio del nacimiento de Jesús a María, considerar primero el mensaje del ángel, y después la respuesta de María.

En el saludo del ángel llama la atención el que no dirija a María el acostumbrado saludo judío, *shalom* —la paz esté contigo—, sino que use la fórmula griega *chaῑre*, que se puede traducir por «*ave, salve*», como sucede en la oración mariana de la Iglesia, compuesta con palabras tomadas de la narración de la anunciación (Lc 1,28.42). Conviene comprender el verdadero significado de la palabra *chaῑre*: *¡Alégrate!* Con este saludo del ángel —podríamos decir— comienza en sentido propio el Nuevo Testamento.

La misma palabra reaparece en la Noche Santa en labios del ángel, que dijo a los pastores: «*Os anuncio una gran alegría*» (2,10). Vuelve a aparecer en Juan con ocasión del encuentro con el Resucitado: «*Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor*» (20,20). En los discursos de despedida en Juan hay una teología de la alegría que ilumina, por decirlo así, la hondura de esta palabra: «*Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría*» (16,22).

La alegría aparece en estos textos como el auténtico don del Espíritu Santo, como el verdadero regalo del Salvador. Así pues, en el saludo del ángel se oye el sonido de un acorde que seguirá resonando a través de todo el tiempo de la Iglesia y que, por lo que se refiere a su contenido, también se puede escuchar en la expresión fundamental con la cual se designa todo el mensaje cristiano en su conjunto: *el Evangelio, la Buena Noticia.*

«*Alégrate*» —como hemos visto— es en primer lugar un saludo griego, y así en esta palabra del ángel se abre también inmediatamente la puerta a los pueblos del mundo; hay una alusión a la universalidad del mensaje cristiano. Y, sin embargo, es al mismo tiempo también una palabra tomada del Antiguo Testamento, y por tanto está en plena continuidad con la historia bíblica de la salvación.

Una comparación entre el saludo del ángel a María y la promesa del profeta, por el que la hija de Sión puede alegrarse se encuentra en la afirmación: «*El Señor está en medio de ti*» (So 3,15.17); literalmente traducido: «*está en tu seno*», Sofonías retoma las palabras del libro del Éxodo que describen la morada de Dios en el Arca de la Alianza como un estar «*en el seno de Israel*» (Ex 33,3; 34,9). Esta expresión reaparece en el mensaje de Gabriel a María: «*Concebirás en tu vientre*» (Lc 1,31).

María aparece como la hija de Sión en persona. Las promesas de Sión se cumplen en ella de forma inesperada. María se convierte en el Arca de la Alianza, el lugar de una real inhabitación del Señor.

«*Alégrate, llena de gracia*». Reflexionemos un nuevo aspecto de este saludo, chaῑre: la conexión entre la alegría y la gracia. En griego, las dos palabras, alegría y gracia (chará y cháris), se forman a partir de la misma raíz. Alegría y gracia forman una unidad.

El contenido de la promesa: María dará a luz un niño, a quien el ángel atribuye los títulos de «*Hijo del Altísimo*» e «*Hijo de Dios*». Se promete además que Dios, el Señor, le dará el trono de David, su Padre. Reinará por siempre en la casa de Jacob y su reino (su señorío) no tendrá fin. Se añade un grupo de promesas relacionadas con el modo de la concepción. «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios*» (Lc 1,35).

Esta última promesa, por su lenguaje, pertenece a la teología del templo y de la presencia de Dios en el santuario. La nube sagrada —*la shekiná*— es un signo visible de la presencia de Dios. Muestra y a la vez oculta su morar en su casa. La nube que proyecta su sombra sobre los hombres retorna después en el relato de la transfiguración del Señor (Lc 9,34; Mc 9,7). Es signo nuevamente de la presencia de Dios, del manifestarse de Dios en lo oculto. Así, con la palabra acerca de la sombra que desciende con el Espíritu Santo se reanuda la teología referente a Sión que se encuentra en el saludo. Una vez más, María aparece como la tienda viviente de Dios, en la que él quiere habitar de un modo nuevo en medio de los hombres.

En el conjunto de estas palabras del anuncio se puede percibir una alusión al misterio del Dios trino. Actúa Dios Padre, que había prometido estabilidad al trono de David, y ahora establece el heredero cuyo reino no tendrá fin, el heredero definitivo de David, anunciado por el profeta Natán con estas palabras: «*Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo*» (2 S 7,14). Lo repite el Salmo 2: «*Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy*» (v. 7).

Las palabras del ángel permanecen totalmente en la concepción religiosa del Antiguo Testamento y, no obstante, la superan. A partir de la nueva situación reciben un nuevo realismo, una densidad y una fuerza antes inimaginable. Todavía no ha sido objeto de reflexión el misterio trinitario, no se ha desarrollado aún hasta llegar a la doctrina definitiva. Aparece por sí mismo gracias al modo de obrar de Dios prefigurado en el Antiguo Testamento; aparece en el acontecimiento sin llegar a ser doctrina. Así, todo se mantiene en el ámbito de la concepción religiosa judía. Y, sin embargo, las mismas palabras antiguas, a causa del acontecimiento nuevo que expresan e interpretan, están nuevamente en camino, van más allá de sí mismas. Precisamente en su simplicidad reciben una nueva grandeza casi desconcertante, pero que se desarrollará en el camino de Jesús y en el camino de los creyentes.

En este contexto se coloca el nombre «*Jesús*», que el ángel atribuye al niño, tanto en Lucas (1,31) como en Mateo (1,21). El nombre de Jesús contiene de manera escondida el tetragrama, el nombre misterioso del Horeb, ampliado hasta la afirmación: *Dios salva*. El nombre del Sinaí, que había quedado como quien dice incompleto, es pronunciado hasta el fondo. *El Dios que es*, es el Dios presente y salvador. La revelación del nombre de Dios, iniciada en la zarza ardiente, es llevada a su cumplimento en Jesús (Jn 17,26).

La salvación que trae el niño prometido se manifiesta en la instauración definitiva del reino de David. En efecto, al reino davídico se le había prometido una duración permanente: «*Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre*» (2 S 7,16), había anunciado Natán por encargo de Dios mismo.

**Práctica semanal:** Esta semana tendré constantemente en mi corazón ¿Qué tanto imito a María como hija (fé), madre (esperanza) y esposa (caridad)?